

LA VANGUARDIA 18.01.1911

SOBRE MATEMÁTICAS

Bien poco sugestivo es este título. Y no son escasos los que, ante la expectativa de oír hablar de Matemáticas, empiezan a sentir ya los primeros síntomas de un tedio horrible.

Para muchos, la Matemática es la ciencia que nos proporciona los medios para calcular lo que valen tantos metros de tela a tanto el metro; para otros, consiste en hacer *muchos números* y cargar de millones y más millones las distancias que nos separan de las estrellas, para terminar luego diciendo que no hay nada seguro y que todo se reduce al mentir de las estrellas (¡como si las estrellas fueran hombres!) Otros hay, mas ilustrados, que comprenden la importancia y el espíritu de la Matemática, pero que jamás han podido simpatizar con ella, o bien no han tenido suficiente entereza para abordar su estudio con decisión. En fin, que hoy resulta que si queréis disolver grupos, obtendréis más efecto abriéndoles una obra de Matemáticas que echándoles una carga de caballería. Y esto es una lástima, porque, en primer lugar, esta Ciencia no tiene, muy al contrario, la aridez que se le atribuye; y por otra parte, cada día se hace más indispensable su uso en todas las demás ciencias. Hoy, hasta el médico y el psicólogo deben conocer, por lo menos, los elementos de la Matemática.

Este horror general que siente el hombre por la ciencia matemática obedece a dos causas primordiales; a la pereza intelectual, que todavía caracteriza a nuestra especie, y a los *malos libros* y *malos profesores*, es decir, a libros y profesores que parecen empeñarse en hacer odioso lo que en el fondo tanto debiera admirarse y gozarse.

Todas esta ideas y muchísimas más se me ocurren por el hecho de haber recibido un extenso folleto titulado «Estudio completo de una clase especial de integrales singulares.», debido al eminente matemático don Lauro Clariana y Ricart, y queridísimo antiguo profesor mío en la Facultad de Ciencias de Barcelona.

Pero me permitiré todavía alguna digresión más. Recibo por correo cotidianamente publicaciones nacionales y extranjeras sobre las diferentes ciencias que inspiran mis entusiasmos; y aseguro que la experiencia me enseña que la producción científica de España es muy escasa, pero que, intrínsecamente, los trabajos son, por lo general, tan buenos como los extranjeros.

Lo más lamentable es que a este poco pero excelente trabajo español científico no se le hace la justicia que se merece. Se publica, por ejemplo, una obra científica notable en España, y es de notar que la prensa, en general, apenas se ocupa de ella, incluyendo la denominada técnica. Inútil es decir, por consiguiente, que una obra de gran mérito pasa mucho más desapercibida que cualquier adefesio teatral, estúpido y grosero.

Malísimas son las condiciones en que se encuentra el científico en España para que sean apreciadas sus obras conforme corresponde. Por lo que toca a los extranjeros, los nombres españoles son, *en principio*, recibidos con suspicacia, pues parece que lo de España debe equipararse a lo procedente de los indígenas del Tonkin. Dentro de España, y esto es más grave, el público no hace, por lo común, apenas caso de un nombre científico español, y no son pocos los que les ciega la ira cuando un paisano se remonta.

Para que un trabajo científico valga la pena, en España, de ser comentado, es preciso, en general, que el nombre de su autor huela a noruego, ruso, alemán, turco, cualquier cosa; lo esencial es que no sea español. Queda un recurso para que se le haga caso: el de *combinar* la Ciencia con la política..... Pero no quiero seguir por este camino, pues no me compete.

Volviendo a la Matemática, y procurando evitar las digresiones que me abruman por todos lados, es lo cierto que no son pocos los autores y profesores que para echárselas de sabio parecen complacerse en presentar las cuestiones de la manera más seca y complicada posible. Pero yo declaro sinceramente que cuando no logro entender con todos mis esfuerzos un concepto matemático, poseyendo los antecedentes necesarios del asunto, se me figura que el autor tampoco lo entiende. Puede que me equivoque en lo dicho, pero es cierto que en las ciencias matemáticas constituyen un grave perjuicio los que queriendo lucirse se adornan con plumas ajenas y pretenden conquistar un sitio eminente, cuando en realidad no son mas que inconscientes *fusiladores* de diversos autores, principalmente alemanes, no todos ni mucho menos de primer orden.

Muchos otros comentarios añadiría a tan interesante punto, pero debo limitarme al objeto principal de este articulito, es decir, al trabajo del señor Clariana, que constituye una nota brillante en este erial del desamor científico y que no puede ni debe ser pasado en silencio en un periódico importante.

Claro que en estas columnas no sería propio hacer un análisis detallado de este trabajo, que se refiere a un asunto especial de cálculo integral, y cuya comprensión requiere estar iniciado en la materia.

Bastará decir aquí que este trabajo se refiere a una cuestión sumamente importante por lo que respecta a la interpretación geométrica de las involutas y envolventes, y a la determinación de ciertas integrales singulares nacidas de las ecuaciones diferenciales de Clairaut y de Lagrange, que satisfacen a dichas ecuaciones, sin que puedan deducirse de la integral general por ningún valor particular que pudiera atribuirse a la constante, aparte de que otras soluciones singulares obtenidas no satisfacen a la ecuación diferencial correspondiente. Apoyándose el señor Clariana, principalmente, en las consideraciones de Serret y de Rubini, hace una discusión completa de este punto, enriquecida de notables ejemplos, para alcanzar un procedimiento propio que, sin ambigüedad y con sencillez, deduce cierta clase de integrales singulares sirviéndose de la indeterminación de la derivada que figura en la ecuación diferencial, método que por su rigorismo, cuando menos, ofrece notables ventajas con relación a todos los procedimientos anteriores conocidos.

El autor hace su procedimiento extensivo al estudio de integrales singulares de ecuaciones diferenciales ordinarias de orden superior al primero y a ecuaciones entre derivadas parciales, así como para cuando las variables son imaginarias.

Aparte de la importancia intrínseca de este trabajo de investigación personal, se caracteriza por su nitidez y claridad de estilo y por la conveniente extensión en los desarrollos, todo lo cual permite que sea inteligible a cuantas personas conozcan, por los menos, los elementos del cálculo infinitesimal. Por otro lado, el señor Clariana no olvida nunca dar a los desarrollos analíticos, que escuetamente no serían más que un antifaz de la razón, la interpretación geométrica correspondiente o las consideraciones lógicas que, en último resultado constituyen el *substratum* de todas las fórmulas matemáticas.

En fin, que si el señor Clariana no tuviera demostrado ya, desde hace muchos años, su alto prestigio matemático, la lectura del considerable trabajo objeto de estas líneas es más que suficiente para acreditarlo sobradamente y para afirmar muy fuerte y una vez mas, dentro del ambiente de atonía científica que nos asfixia, que hay hombres en nuestra tierra cuyo valer científico no desmerece en nada de los del resto de Europa.

José Comas Solá